

# ESCUELA DE CATEQUISTAS

Diócesis de Alcalá de Henares

FORMACIÓN PERMANENTE

LA ESPIRITUALIDAD DEL CATEQUISTA AL HILO DE LA OBRA DE  
S. AGUSTÍN, *LA CATEQUESIS A LOS PRINCIPIANTES*

Lección 3:

## DISPOSICIONES DEL CATEQUIZANDO E ITINERARIO DE LA CATEQUESIS.

### I. RECAPITULACIÓN DE LAS CLASES ANTERIORES

#### Primera Clase

San Agustín tiene 46 años, cuando escribe *La Catequesis a los Principiantes*. Es su cuarto año como obispo y corre el año 400.

La obra va dirigida a Deogracias, un diácono de Cartago, que había solicitado a Agustín la exposición de algunos «preceptos y normas para que su discurso a los catecúmenos fuera eficaz y fecundo»<sup>1</sup>.

La novedad más importante de la obra, lo más original, es que san Agustín pone el foco de atención en las personas concretas que reciben e imparten la catequesis.

Entiende también la catequesis como un ejercicio de caridad. Presenta la transmisión de la fe, propia de la catequesis, como el ejercicio de la más alta caridad con el prójimo.

¿Cómo llega a ser fecunda la catequesis? Esta es una cuestión que nosotros nos planteamos a menudo. Y san Agustín insiste: la fecundidad de la catequesis está en la caridad del que da con alegría, que tiende a superar la mera enseñanza

---

<sup>1</sup> JOSÉ OROZ RETA, *San Agustín. De Catechizandis Rudibus* (BAC 499; Madrid 1988) 429

y transforma la instrucción cristiana en «comunidad viva en la que, por voluntad consciente del que enseña y del que aprende, se realiza el más elevado proceso de ascensión humana»<sup>2</sup>.

Ante las dificultades de Deogracias, S. Agustín viene a decir que lo difícil no es establecer qué cosas, objeto de nuestra fe, debemos exponer, ni por dónde debemos empezar y por dónde terminar. Ni cuándo debemos extendernos y cuándo debemos abreviar. Lo realmente difícil es no caer en el tedio, o mejor, ofrecer nuestro servicio con alegría. Justamente esto es lo primero que debemos buscar:

Lo que siempre hemos de cuidar sobre todo es ver qué medios se han de emplear para que el catequista lo haga siempre con alegría, pues cuanto más alegre esté más agradable resultará... Pero el que esta alegría aparezca en el momento oportuno corresponde a la misericordia de aquel que nos ordena la generosidad<sup>3</sup>.

**Segunda Clase** (Números 5 y 6 de *La Catequesis de los Principiantes*).

### **1. Los fundamentos de la exposición y la transmisión de la fe**

En la exposición y en la transmisión de la fe, los fundamentos son los hechos más importantes de la historia sagrada. Este hecho tiene que ver con lo que es la fe.

#### 1.1. La fe tiene unos contenidos concretos.

No es un mero sentimiento de confianza en un Dios difuso. La fe es un conocimiento cierto de Dios: «Nosotros creemos lo que realmente es y como realmente es» (San Ireneo)<sup>4</sup>.

La búsqueda de Dios de los paganos «era ciega, era más o menos un ir hacia delante en la oscuridad, a tientas con pies y manos [...]». Frente al tantear, de la búsqueda religiosa de los hombres que no conocen el Evangelio, «la vista... distingue nuestra fe de la “fe” de los paganos»<sup>5</sup>. Lo que le da esta luz a la fe del

---

<sup>2</sup> *Ibid.*, 436

<sup>3</sup> SAN AGUSTÍN, *De Catechizandis Rudibus*. En: *Obras completas de san Agustín* XXXIX. Ed. JOSÉ OROZ RETA (BAC 499; Madrid 1988) 453

<sup>4</sup> SAN IRENEO DE LYON, *Demostración de la Predicación Apostólica*, Prólogo, 3 (Fuentes Patrísticas 2. Ciudad Nueva, Madrid 1992) 56

<sup>5</sup> JOHN HENRY NEWMAN, *Sermones Parroquiales* 2 (Encuentro, Madrid 2007) 149

Evangelio es la novedad de aquello que tiene como objeto: el Verbo encarnado.

Corremos el peligro de olvidarnos de la luz del Evangelio y volvernos a la oscuridad del mundo pagano, para tener que buscar a Dios a tientas, con pies y manos. Insistir en la verdad de la fe no es ortodoxia estéril o sutilezas teológicas.

1.2. La fe es un vínculo de unión con Dios, un vínculo de comunión con él.

Dice santo Tomás de Aquino: «Por la fe, el alma se une a Dios: pues por la fe el alma cristiana celebra como una especie de matrimonio con Dios: “Te desposaré conmigo en fe” (Os 2,20)»<sup>6</sup>. La fe nos da algo real, nos da una comunión real con Dios, aún imperfecta, pero real.

1.3. La fe es una respuesta a la revelación de Dios

¿Por qué la fe da tanto y llega tan lejos, dándonos un conocimiento cierto y una comunión real? Porque la fe no es algo que nazca espontáneamente del hombre, sino que nace de Dios. La fe es una respuesta a la revelación de Dios. Dios se nos ha revelado, se nos ha mostrado, nos ha dicho quién es, nos ha dicho su nombre y nos ha mostrado su rostro y sus entrañas. Nos lo ha mostrado dándose a nosotros.

Por eso la fe es aceptación de la verdad de Dios y es acogida de su realidad personal. Por eso la fe nos da una certeza fundada en la verdad de Dios y por eso es un vínculo de comunión con él.

1.4. Conclusión: Dios nos ha mostrado su verdad y Él mismo se nos ha dado en la Historia de la Salvación. Esa que comienza con la creación y que llega a su plenitud con la encarnación, muerte, resurrección de Cristo y con la efusión de su Espíritu.

Por ese motivo, la transmisión de la fe, la exposición de la fe, tiene sus fundamentos en los hechos más importantes de la historia sagrada.

Al hombre, en la catequesis, hay que remitirle siempre a estos hechos de Dios en la historia, porque en ellos conocemos a Dios y a partir de ellos podemos responder con la fe.

---

<sup>6</sup> STO. TOMÁS DE AQUINO, *Collationes Super Credo In Deum*, En: Obras Catequéticas —Sobre el Credo, Padrenuestro, Avemaría, Decálogo y los Siete Sacramentos—. Edición de Josep-Ignasi Saranyana (Eunate, Pamplona 1995) 43.

## 2. ¿Desde dónde hasta dónde?

Tenemos una exposición completa cuando la catequesis comienza por la frase: “Al principio creó Dios el cielo y la tierra” (Gn 1,1) y termina con el periodo actual de la historia de la Iglesia.

### 2.1. En su totalidad y en su unidad

San Agustín está subrayando la unidad de toda la obra de Dios. Solo considerada en su conjunto y en su unidad la obra de Dios adquiere inteligencia.

Un ejemplo: no es posible entender los relatos de la creación sin ponerlos en relación con la encarnación del Hijo de Dios y de la Resurrección y Ascensión a los cielos. ¿Por qué? Porque solo en estos acontecimientos finales se revela el fin para el que todo fue creado.

### 2.2. A partir de su centro, que es Cristo

La historia de la creación y de la redención forman una unidad, cuyo centro es la persona y la obra de Cristo. Solo él da unidad y orden al conjunto de la Historia de la Salvación y de las Escrituras. Y así se muestra el rostro de Dios y se entrega Dios al hombre. Si se rompe esa unidad, el rostro que Dios ha revelado de sí mismo se convierte en un puzle indescifrable para los hombres.

### 2.3. Que incluye los tiempos presentes de la Iglesia

San Agustín considera que el conjunto de las obras de Dios, que se abre con la creación, no concluye hasta el momento presente, en la historia actual de la Iglesia.

Y es que, para san Agustín, la Iglesia forma parte del tiempo de Cristo. La Iglesia no vive un tiempo posterior al tiempo de Cristo, sino que vive en el tiempo de la plenitud.

Pero, ¿no solemos decir que el tiempo de la Iglesia es el tiempo del Espíritu Santo? ¿Cuál es su papel, entonces? Dos cosas fundamentalmente: preparar el corazón del hombre para que escuche al Hijo y, una vez que el hombre ha acogido esta Palabra, lo une más y más al Hijo y a la relación que el Hijo tiene con el Padre.

¿Esto es importante para la catequesis? No, no es importante. Es fundamental. Porque así se entiende que el objeto siempre presente y siempre actual de la catequesis, se hable de la creación, de Abraham, de Moisés, de Isaías,

de los milagros del Evangelio o del Sermón de la Montaña, de san Pablo o del martirio de san Pedro, de la vida de los santos o de los sacramentos y de la liturgia de la Iglesia, el objeto, el interlocutor ante quien ponemos al catequizando es siempre el Hijo de Dios, que nos interpela y que nos introduce en su relación con el Padre.

Por ese motivo, Cristo, dice el CCE, es «el centro de la catequesis»<sup>7</sup>. Y la referencia a él no es la referencia solo a un modelo moral o a un maestro que nos ha enseñado la doctrina verdadera sobre Dios o sobre el hombre. La referencia a él es la referencia a alguien vivo y presente: el mismo que nos creó, el mismo que se desposó con nuestra humanidad en el seno de la Virgen María, el mismo que murió por amor nuestro en la cruz, el mismo que sigue vivo y presente en la Iglesia.

### 3. El método de la exposición de la fe: ¿Cómo narrar?

Pero no por eso debemos recitar de memoria [...] Más bien hay que compendiar de forma resumida y general todas las cosas, de modo que escojamos los hechos más admirables, los que se escuchan con más agrado y que constituyen ellos mismos los nudos de todo<sup>8</sup>. Y no conviene mostrar

---

<sup>7</sup> Cf. CCE 425 – 427:

425 La transmisión de la fe cristiana es ante todo el anuncio de Jesucristo para conducir a la fe en Él. Desde el principio, los primeros discípulos ardieron en deseos de anunciar a Cristo: "No podemos nosotros dejar de hablar de lo que hemos visto y oído" (Hch 4, 20). Y ellos mismos invitan a los hombres de todos los tiempos a entrar en la alegría de su comunión con Cristo:

«Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida, —pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la vida eterna, que estaba con el Padre y se nos manifestó— lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo. Os escribimos esto para que vuestro gozo sea completo» (1 Jn 1, 1-4).

426 "En el centro de la catequesis encontramos esencialmente una persona, la de Jesús de Nazaret, Unigénito del Padre [...]; que ha sufrido y ha muerto por nosotros y que ahora, resucitado, vive para siempre con nosotros [...]. Catequizar es [...] descubrir en la Persona de Cristo el designio eterno de Dios [...]. Se trata de procurar comprender el significado de los gestos y de las palabras de Cristo, los signos realizados por Él mismo" (CT 5). El fin de la catequesis: "conducir a la comunión con Jesucristo [...]; sólo Él puede conducirnos al amor del Padre en el Espíritu y hacernos partícipes de la vida de la Santísima Trinidad". (ibíd.).

427 «En la catequesis lo que se enseña es a Cristo, el Verbo encarnado e Hijo de Dios y todo lo demás en referencia a Él; el único que enseña es Cristo, y cualquier otro lo hace en la medida en que es portavoz suyo, permitiendo que Cristo enseñe por su boca [...]. Todo catequista debería poder aplicarse a sí mismo estas misteriosas palabras de Jesús: "Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado" (Jn 7, 16)».

<sup>8</sup> Aquí he variado la traducción de la edición que sigo de José Oroz Reta. Él traduce: «que constituyen los pasajes mismos del relato». Yo creo que *in ipsis articulis constituta sunt* hace referencia a «los núcleos», a «los nudos» de toda la historia de la salvación.

tales hechos como entre velos para quitarlos inmediatamente de la vista; antes, al contrario, deteniéndonos en ellos algún tiempo, debemos exponerlos y desentrañarlos y ofrecerlos a la admiración de los oyentes para que los examinen y contemplen con atención. En cuanto al resto, podemos insertarlo dentro del contexto mediante una rápida exposición. De esta forma, lo que deseamos poner más de relieve resaltarán más frente al papel secundario de lo demás; y aquel a quien deseamos estimular con nuestra exposición no llegará cansado a la narración, y no se encontrará confundida la mente del que debemos instruir con nuestras enseñanzas<sup>9</sup>.

San Agustín ha determinado que el fundamento o la base de toda la exposición de la fe son los hechos más importantes de la historia de la salvación. Ha afirmado que debemos tomar toda esta historia en su conjunto y en su unidad. Pero está claro que ni hay tiempo ni es necesario contar cada uno de los pormenores de toda la historia que se recoge en la Escritura. Por un lado, hay que escoger los grandes núcleos, los más importantes, donde se contemplan las mayores maravillas obradas por Dios y que se escuchan con más agrado, sencillamente porque expresan las maravillas que ha obrado el amor de Dios por el hombre y se graban así también más fácilmente en el corazón.

Estos acontecimientos centrales, que son como los nudos de toda la historia, hay que exponerlos con detenimiento, hacer que sean contemplados, desentrañar su significado...mientras que el resto basta compendiarlo en una exposición general.

#### **4. El fin al que debemos tender: el amor *de* Dios y el amor *a* Dios (el principio sintético de la catequesis agustiniana).**

Si leemos la Historia de la Salvación en su unidad y en su centralidad, la de Cristo, entonces, cada detalle habla de manera elocuente del amor de Dios por el hombre y llama al hombre al amor a Dios.

Cuanto nosotros digamos en la catequesis debe conducir a este fin doble:

- mostrar cómo Dios en un acto libre, en un acto de su libertad, se ofrece al hombre;

---

<sup>9</sup> SAN AGUSTÍN, *De Catechizandis Rudibus*, 454

- y mover la libertad del hombre para que responda a este amor de Dios.

Pues, en efecto, todo lo que leemos en las Sagradas Escrituras fue escrito exclusivamente para hacer estimar<sup>10</sup>, antes de su llegada, la venida del Señor y prefigurar la Iglesia futura, es decir, el Pueblo de Dios, formado de entre todas las razas, que es su Cuerpo (Col 1,18). Y en éste se incluyen y se cuentan todos los santos que vivieron en este mundo, incluso antes de la venida del Señor, y cuantos creyeron que había de venir con la misma fe con que nosotros sabemos que ha venido ya<sup>11</sup>.

Todo el Antiguo Testamento tiene como fin llevar a la comprensión del amor que Dios nos ha mostrado en la humanidad de Cristo. Todos los justos de la Antigua Alianza conducen hacia Cristo y permiten apreciar su valor, estimarlo, amarlo.

Y así también, los justos de la Iglesia son la carne de Cristo, son la posibilidad para que los hombres de cada época puedan entrar en relación con Cristo. La Iglesia, prolongación de Cristo, es la posibilidad de que Cristo sea contemporáneo e inmediato a cada hombre, de todo tiempo y de todo lugar.

Todo conduce a Cristo. En él brilla el amor de Dios y, justamente así, él es la gran llamada al amor a Dios. Él, vivo y presente, es el centro y el fin de la catequesis.

---

<sup>10</sup> He cambiado aquí la traducción de «commendaretur»

<sup>11</sup> SAN AGUSTÍN, *De Catechizandis Rudibus*, 454 – 455

## II. EL AMOR DE DIOS Y SU VENIDA (CR n° 7-8)

### [1. A modo de introducción]

San Agustín ha explicado que en la Historia de la Salvación y en la Escritura todo confluye en Cristo y todo ayuda a valorar, estimar y apreciar lo que él es. Al mismo tiempo, Cristo se convierte en una luz que permite comprender la Historia y las Escrituras en su verdad. Podríamos decir que Cristo es la luz de la Historia y de las Escrituras. Cristo da inteligibilidad a la Historia.

Esta unidad de toda la Escritura en la persona de Cristo, ¿qué consigue? Consigue mostrar el verdadero rostro de Dios, consigue mostrar su amor. En Cristo resplandece el amor de Dios al hombre y así llama al hombre al amor a Dios.

Eso es lo que venía diciendo san Agustín. Y ahora, en los números 7 y 8 de la *Catequesis de los Principiantes*, va a desarrollar esta idea que para él es fundamental. Ya hemos dicho que se trata del principio sintético de la catequesis agustiniana.

Es como si San Agustín quisiera subrayar: nosotros en la catequesis, al narrar la Historia teniendo su centro en la persona de Cristo, debemos mostrar el amor de Dios, porque eso es lo que buscaba Dios, mostrar su amor y así provocar y facilitar el nuestro. Pero no solo quería Dios estimular nuestro amor a él, sino también nuestro amor al prójimo.

¿Por qué esta insistencia de san Agustín? Porque él sabe que el amor a Dios y el amor al prójimo es nuestro bien. Os recuerdo las palabras que os traje el primer día, tomadas de *La Ciudad de Dios*:

Nuestro bien, sobre cuya meta tal debate hay entre los filósofos, no es otro que unirnos a él: su abrazo incorpóreo, si se puede hablar así, fecunda el alma inmortal y la llena con verdaderas virtudes. Se nos manda amar este bien con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas. A este bien debemos llevar a los que amamos y ser llevados por los que nos aman. Así se cumplen los dos mandamientos en que consiste la Ley y los Profetas: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente», y «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». Para que el hombre supiese amarse se le puso delante la meta, a donde tenía que dirigir todo lo que hacía para ser feliz. Y esta meta es unirse a Dios<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> SAN AGUSTÍN, *La Ciudad de Dios* X, 3. *Obras Completas de San Agustín* XVI (B.A.C 1988, Madrid)

## [2. La caridad es nuestro bien y Dios quiso ayudarnos a amar]

Y puesto que nuestro bien es amarle a él y amar al prójimo, Dios quiso suscitar nuestro amor, primero hacia él, luego hacia nuestros semejantes. Esa es la razón de su venida. Lo dice así el de Tagaste:

¿Cuál ha sido la razón más grande para la venida del Señor si no es el deseo de Dios de mostrarnos su amor y de recomendarnos vivamente este amor? Porque cuando todavía éramos enemigos, Cristo murió por nosotros (Rm 5,8-9)<sup>13</sup>.

Con esto, viniendo a nosotros —viene a decir san Agustín—, nos ayudó a alcanzar nuestro bien, que es la caridad. Primero, porque al morir por nosotros nos enseñó que debemos amarnos unos a otros y dar la vida unos por otros. Segundo, porque al amarnos primero y hacerlo hasta el extremo de dar su vida por nosotros, nos hizo más fácil amarle a él. Si antes de su venida nos era difícil amarle, ahora no nos cuesta corresponder a su amor.

Esto es: Cristo ha venido para mostrarnos su amor y así hacernos fácil amarle. Ha venido para mostrarnos su amor al hombre y así hacernos fácil amar a los que son como nosotros. Cristo es una invitación al amor, al amor a Dios y al amor al prójimo.

## [3. ¿Cómo nos ayuda Cristo a alcanzar la caridad?

### Primero, adelantándose en el amor]

Continúa:

No hay ninguna invitación al amor mayor que adelantarse en ese mismo amor; y excesivamente duro es el corazón que, si antes no quería ofrecer su amor, no quiera luego corresponder al amor<sup>14</sup>.

Y también:

No hay causa mayor para iniciar o aumentar el amor como darse cuenta de que es amado quien todavía no ama, o que es correspondido el que ya amaba, o que espera ser amado o comprueba que lo es.

El hecho de ser ya amado o la esperanza de serlo es la mayor causa para amar<sup>15</sup>.

---

<sup>13</sup> SAN AGUSTÍN, *De Catechizandis Rudibus* 457

<sup>14</sup> *Ibid.*, 457

<sup>15</sup> *Ibid.*, 458

En otras palabras: a) si uno aún no ama, nada incita más su amor que el darse cuenta de que ya es amado; b) si uno ya amaba, nada hace crecer más su amor que verse correspondido o esperar serlo.

Nosotros hemos sido amados antes. Dios nos amó primero (1 Jn 4,19).

#### [4. ¿Cómo nos ayuda Cristo a alcanzar la caridad?

##### [Segundo, envolviendo nuestra miseria con su misericordia]

Para este segundo modo en que la venida de Cristo nos ayuda a alcanzar la caridad, san Agustín sigue más o menos el siguiente razonamiento:

1. El superior gusta de ser amado por el inferior y más se siente inclinado también él a amar al inferior cuanto más obediente lo observa. San Agustín no lo dice, pero esto pasa en todos los órdenes. El profesor siente más inclinado su afecto hacia el alumno que más atención le presta. El padre mira con más predilección al hijo que se afana en ser como su padre, etc. Pero digamos que el superior, normalmente, entiende que el inferior le debe afecto y obediencia; entiende el profesor que el alumno ha de atenderle; entiende el padre que el hijo ha de afanarse en imitarle, etc. Con lo cual ese amor del superior al inferior no se distingue precisamente por su ardor.
2. Pero, en el caso de que el inferior se vea amado por aquel que él ve superior, entonces, su amor sí se inflama y arde con más facilidad.
3. Y es que el amor, dice Agustín, «es tanto más grato, cuanto menos se agosta por la sequedad de la indigencia, y más profusamente fluye de la benevolencia»<sup>16</sup>.
4. Esta es una de esas frases de san Agustín que hay que leer varias veces para sacarla jugo: el amor más admirable y más amable, el más grato es aquel que no se apaga a pesar de que el ser amado no tenga nada que ofrecer («no se agosta por la sequedad de la indigencia»); el amor más admirable y más grato es aquel que fluye de la benevolencia, esto es, que no recibe nada a cambio, sino que ama por la bondad misma de quien ama. Repitamos la frase: «el amor es tanto más grato, cuanto menos se agosta por la sequedad de la indigencia, y más profusamente fluye de la benevolencia».

---

<sup>16</sup> *Ibid.*, 458

5. Ese es el caso del inferior cuando se ve amado por el superior, sobre todo si no lo esperaba: «Si el inferior no esperaba la posibilidad de ser amado por el superior, se sentirá movido de modo inefable al amor si aquel espontáneamente se digna manifestarle su amor a él, que nunca había osado esperar un bien tan grande»<sup>17</sup>.
6. Ahora: justamente en esta situación se encuentra por sorpresa el hombre, cuando se ve amado por Dios. Dice: «¿Quién hay más excelso que un Dios que ha de juzgar y más desesperado que un hombre pecador?»
7. Tan perdida tenía la esperanza el hombre, de poder alcanzar el amor de Dios, que no podía siquiera imaginarlo. No tenía ninguna esperanza de ser amado por Dios, ya que en Dios nada hay que le haga apetecer lo malo, sino que él es sublime en su bondad. Y así, perdida toda esperanza de este amor de Dios, «tanto más se había entregado al yugo y a la esclavitud de las soberbias potestades, que no pueden hacerlo feliz». Esta era la triste condición del hombre.
8. Sin embargo, la venida de Cristo, para sorpresa del hombre, lo que prueba es el amor de Dios. Enviando a su Hijo, Dios ha envuelto nuestra miseria con su misericordia. Cristo ha venido a este mundo para que supiera el hombre cuánto lo ama Dios y para que se inflamase en amor a Dios y eso lo hace adelantándose en su amor y envolviendo nuestra pobreza y miseria con su misericordia y su benevolencia.

[5. Toda la Escritura, que bien anuncia de antemano a Cristo o bien habla de lo que ya ha hecho por nosotros, se fundamenta en el doble precepto]

Demos un paso más, en la consideración de este amor que nos ha mostrado Dios al venir a nosotros y con el que nos estimula a amarle y a amar a nuestros semejantes.

- Si Cristo vino a este mundo para que el hombre supiera cuánto lo ama Dios y así se inflamase en el amor a quien lo amó primero y en el amor al prójimo
- Si todo el AT ha sido escrito para anunciar de antemano la llegada del Señor y todo lo recogido en el NT nos habla de Cristo y nos incita al amor,

---

<sup>17</sup> *Ibid.*, 459

- Entonces toda la Escritura, tanto el AT como el NT, toda la Escritura, se apoya en los dos preceptos del amor a Dios y al prójimo

[6. Cristo ha querido curar la soberbia con su humildad, porque ella nos impide ver y aprender el amor]

La revelación del amor de Dios en Cristo, tanto en el AT como en el NT, no lo entienden los hombres soberbios, solo los hombres humildes que buscan sin soberbia son capaces de comprender así las Escrituras, tanto las Antiguas como las Nuevas.

La soberbia, que nos impide ver el amor de Dios y nos impide aprender a amar, es la enfermedad más grave del hombre. El soberbio no puede aprender a amar, siendo así que el bien del hombre es el amor<sup>18</sup>.

Por eso Cristo no ha querido ser solo prueba del amor divino, sino que para curar la soberbia ha querido enseñarnos el amor de Dios con la mayor humildad. Ha querido, primero, curar nuestra soberbia con su humildad, para que así podamos luego aprender el amor. Dice así:

«El Señor Jesucristo, Dios y hombre, es al mismo tiempo una prueba del amor divino hacia nosotros y un ejemplo entre nosotros de humildad humana, para que nuestra más grave enfermedad sea curada por la medicina contraria. Gran miseria es, en efecto, el hombre soberbio, pero más grande misericordia es un Dios humilde»<sup>19</sup>.

[7. Conclusión: En la catequesis todo debe conducir a Cristo y así al doble precepto del amor]

«Por consiguiente, teniendo presente que la caridad debe ser el fin de todo cuanto digas, narra todo lo que tengas que narrar de tal forma que la

---

<sup>18</sup> San Agustín sabe esto por propia experiencia: «De joven me acerqué por primera vez a las Sagradas Escrituras. Me acerqué a ellas no con la piedad del que busca humildemente, sino con la presunción de quien quiere discutir... ¡Pobre de mí, que me creí apto para el vuelo, abandoné el nido y caí antes de volar!» (Serm. 51, 5, 6). Y también: «Decidí aplicar mi ánimo a las Sagradas Escrituras y ver qué tal eran. Mas, he aquí que veo una cosa no hecha para soberbios ni clara para los pequeños, sino a la entrada baja y, en su interior, sublime y velada de misterios [...] Mi hinchazón rehusaba su estilo y mi mente no penetraba su interior. Con todo, ellas eran tales que habían de crecer con los pequeños; mas yo me desdeñaba de ser pequeño e, hinchado de soberbia, me creía grande.» *Confesiones* III 5,9 (BAC. Madrid 1991) 138

<sup>19</sup> *Ibid.*, 460

persona a la que te diriges, al escucharte crea, creyendo espere y esperando ame»<sup>20</sup>.

Pero quiero que caigáis en la cuenta de que con estas palabras san Agustín no solo nos enseña cómo debemos hablar del amor de Cristo a los hombres: cómo se hizo hombre para mostrarnos ese amor; cómo él, que es santo y creador y juez, se adelantó en el amor a nosotros y nos ha amado hasta el extremo cuando nosotros no éramos sino pobres hombres; cómo así no solo nos amó primero, sino que envolvió nuestra miseria con su misericordia; y por último, cómo nos enseñó este amor con humildad para curar nuestra más terrible enfermedad y pecado: la soberbia, que nos impide entender el amor y nos impide aprender a amar.

San Agustín nos enseña todo esto para decirnos cómo debemos mostrar la belleza del amor de Cristo y suscitar así el amor en los catequizandos. Ahora, ¿creéis que solo nos enseña eso? Al describir así el método con el que Cristo ha mostrado su amor, nos enseña el método con el que un servidor suyo, un servidor del Evangelio, uno que quiere transmitir la fe, ha de cumplir su servicio. Un cura y un catequista, cuando se dedican a transmitir la fe, ¿cómo deben exponer todas estas cosas? Ciertamente imitando a su maestro.

1. No debemos esperar que nuestros niños, jóvenes o adultos nos muestren una gran estima para amarles, debemos adelantarnos nosotros en ese amor.
2. Y debemos hacerlo envolviendo sus miserias, sus pobreza, sus debilidades, y hasta sus rechazos y desprecios, con nuestra misericordia —que por cierto no está reñida con la verdad ni con la firmeza—.
3. Y debemos mostrarles esto con humildad, no como señores, sino como sus siervos.

P. Enrique Santayana C.O.

---

<sup>20</sup> *Ibid.*, 460